

I

Karl Kraus, el mundo intelectual y la prensa

¿En qué manos ha caído la literatura periodística? Ya son muchos los que opinan que la prensa política no es más que una empresa industrial y que su objetivo y su finalidad son los de una empresa material, sea ésta cual sea. Y cada vez se extiende más la opinión de que un principio, una convicción y una orientación intelectual determinada no tienen ningún valor para aquellos que dirigen los periódicos, y que todo ello no es más que un fardo inútil, incluso perjudicial, sobre las espaldas del verdadero periodista. Se dice que quien escribe en un periódico debería, liberado de cualquier principio, orientación y convicción, trabajar de acuerdo con las corrientes que cambian diariamente, al dictado del capricho del público o de las directrices de su amo, poseedor del capital. La imaginación creadora del pueblo de la antigua Grecia no conocía ni la literatura periodística de hoy en día ni su ejército. De haberlos conocido, habría imaginado, al pie del Parnaso, una ciénaga atestada de serpientes, de sapos, de una fauna abyecta de reptiles y parásitos de toda especie. Esa ciénaga habría sido la de los redactores de los periódicos actuales.

KARL EÖTVÖS,
citado en *Die Fackel* n.º 85 (1901)

Pensándolo bien, a él no le atraía en absoluto el periodismo; es posible, incluso muy probable, que ni siquiera tuviera aptitudes para este oficio. En esencia, el periodismo es mentira, o al menos una frivolidad insensata; y aunque nunca fue tan orgulloso para considerar que era incapaz de mentir, tenía la sensación de que no podría aceptar todas las mentiras; algunas sobrepasarían sus fuerzas, otras, sus capacidades; posiblemente, Köves habría dicho: su talento.

IMRE KERTÉSZ,
Fiasco

—Habéis añadido cosas que jamás he dicho. Me parece que era muy distinto —observó la joven.

—Todo es distinto cuando se imprime. De otro modo, ¿para qué servirían los periódicos?

HENRY JAMES,
«El eco»

1. ¿Quién conquistó realmente el Polo Norte?

Generalmente se admite que el primer hombre que llegó al Polo Norte geográfico fue el explorador norteamericano Robert Peary, un acontecimiento que supuestamente se produjo el 6 de abril de 1909. Sin embargo, la declaración de Peary, según la cual efectivamente alcanzó ese día el Polo Norte y fue el primero en lograr esa hazaña, no logró disipar, por diversos motivos, ciertas dudas. La primera de ellas era que en cuanto regresó del Ártico se enteró de que uno de sus viejos compañeros de exploración, Frederick Cook, pretendía que él también había alcanzado el Polo Norte, y que lo había hecho un año antes que Peary. Se pudo establecer con relativa rapidez que probablemente las declaraciones de Cook eran falsas y que ni tan siquiera se había acercado al Polo. Pero, todavía hoy, siguen planeando algunas preguntas y cierta desconfianza sobre qué hizo exactamente Peary. Diversos historiadores de su expedición polar piensan que él creyó honradamente que había llegado al Polo. Otros opinan que exageró y adornó su hazaña. En 1989, la National Geographic Society concluyó, basándose en algunas fotografías que aportó Peary y en las medidas que tomó, que la distancia que le había separado del Polo no había sido superior a las cinco millas.

Si he mencionado este hecho es porque el extraordinario acontecimiento que suponía el descubrimiento del Polo Norte y las diversas reacciones, de la prensa por un lado y de la comunidad científica por el otro, proporcionaron a Kraus la ocasión de publicar en *Die Fackel* uno de sus artículos más ocurrentes y despiadados.¹ El tono general del artículo se intuye ya en las primeras frases: «El descubrimiento del Polo Norte –o su conquista, como también lo llaman– se produjo en 1909. Fue obra de un intrépido americano, y si el acontecimiento se celebró con gran entusiasmo se debió a que,

1. «Die Entdeckung des Nordpols» («El descubrimiento del Polo Norte»), *Die Fackel*, n.º 287, 16 de septiembre de 1909, pp. 1-14; también en Karl Kraus, *Cette grande époque*, Rivages, París, 1990, p. 131.

ese mismo año, muchas americanas se habían echado en brazos de vulgares camareros chinos, y con ello habían asestado un duro golpe al prestigio de la nación americana».² Hay que reconocer que Kraus difícilmente habría podido soñar con un episodio tan apropiado para ilustrar simultáneamente los tres aspectos de la realidad y la mentalidad de su época que más le sublevaban:

1. La histeria y la paranoia del progreso, concebido como una conquista cuyo fin era someter completamente a la naturaleza.
2. El modo en que el uso inteligente de la publicidad y de la propaganda dificultaba cada vez más, impedía incluso, saber si un hecho había ocurrido realmente o si se había convencido a la prensa y, por mediación suya, a la opinión pública de que había sucedido.
3. Y, finalmente, la escasa confianza que se podía depositar en la ciencia en tales circunstancias.

En cuanto al primer punto, el diagnóstico de Kraus no tenía nada de ambiguo. A la pregunta de quién, en resumidas cuentas, había descubierto el Polo Norte, la respuesta era, simplemente, la estupidez: «Han recitado poemas a las morsas hasta que éstas han acabado reconociendo, asintiendo comprensivamente con la cabeza, el descubrimiento del Polo Norte. Porque fue la estupidez lo que alcanzó el Polo Norte, y su bandera ondeó victoriosa, indicando que desde entonces el mundo le pertenece».³ Refiriéndose a los escritos diti-rámicos publicados en algunos periódicos para celebrar la decisiva victoria de la humanidad sobre la naturaleza, Kraus escribió: «Contra el hielo todavía no se ha encontrado nada mejor que la sal, y, cuando llueve, de momento no nos queda más remedio que abrir el paraguas. Pero también hemos aprendido a impresionar hábilmente

2. En *Die Chinesische Mauer (La muralla china)*, Kraus había escrito unos meses atrás: «Cuando piensa en China, en la embrujadora individualidad de la multitud mongol, todo hombre blanco se siente un cornudo. El peligro amarillo, llegado de donde no lo esperaba, se ha abatido sobre el nervio vital de la civilización cristiana. Si los pueblos de Europa quieren conservar lo que consideran más sagrado, la pureza de la esposa y la virginidad de la hija, deberán estar alerta a partir de ahora». Karl Kraus, *Die Fackel*, n.º 285-6, julio de 1909, pp. 1-16; también en Kraus, *Cette grande époque*, p. 113.

3. Kraus, *Cette grande époque*, p. 134.

a la naturaleza. La naturaleza no lee los editoriales, así que todavía no sabe que ahora nuestro empeño es “transformar un universo de fuerzas fundamentales en un reino de la razón”. Si llegara a sus oídos que el anuncio de la conquista del Polo Norte ha desarrollado en cualquier mozo de cuerda el “sentimiento de superioridad del hombre sobre la naturaleza” se desternillaría, lo cual sembraría el desorden en las ciudades, los grandes almacenes, las naciones. ¡Incluso a veces llega a temblar algo más de lo que puede soportar el sentimiento de superioridad de sus habitantes! En el transcurso de unas semanas, las fuerzas fundamentales han manifestado tan claramente con qué buena voluntad se estaban adentrando en la vía de la razón que incluso el gran público se ha visto obligado a comprender. A fuerza de destruir a golpe de seísmos, de maremotos, de tifones, de lluvias torrenciales la vida de centenares de miles de seres humanos y de reducir a la nada centenares de millones de bienes en América, Asia y Australia, únicamente los redactores europeos siguen teniendo la esperanza de que, muy pronto, “la voluntad de los hombres moverá las palancas de la naturaleza”». ⁴ Como pueden ustedes comprobar, no hay que buscar muy lejos en la actualidad más inmediata para encontrar el modo de aplicar, de manera más o menos directa, las consideraciones de Kraus.

En cuanto al segundo aspecto del problema –que la llamada información se había impuesto claramente a la realidad y había acabado siendo más real que ésta–, lo primero que observaba Kraus era que, en cierto sentido, la humanidad estaba más necesitada de un descubridor que del descubrimiento mismo. Y parece claro que, como descubridor, teniendo en cuenta que se iniciaba en una época en la que se anteponía la noticia al hecho, Cook, que únicamente había anunciado que había descubierto el Polo Norte, ⁵ aunque no lo había hecho, era tan adecuado como Peary, quien por lo visto sí lo había logrado, o, en todo caso, práctica-

4. *Ibid.*, p. 152.

5. *Ibid.*, p. 137.

mente logrado. «Necesitábamos –dice Kraus– un descubridor del Polo Norte, y no tardó en llegar. De ningún modo íbamos a permitir que nos disuadieran de aceptarlo, ya que este mundo valora los hechos consumados, y las dudas que expresa la ciencia no le impedirán dormir tranquilamente diciéndose: alegrémonos de tener a un descubridor del Polo Norte. La ciencia no es más que una niña mujer racionalista que con el pretexto de que un soldado de plomo es incapaz de marcar el paso intenta arrancárselo al niño que lo aferra. ¿Acaso es necesario que exista la posibilidad de descubrir el Polo Norte para descubrir el Polo Norte?» Podríamos incluso ir más lejos y plantear la pregunta: ¿Era necesario que el descubrimiento fuese real para que resultara imposible dudar de que había tenido lugar? Únicamente los pobres de espíritu y los racionalistas obtusos podían creer que era posible privar a la humanidad de su descubridor del Polo Norte, cuando por fin lo había conseguido.

Puesto que ya no hay una diferencia real entre una gran noticia impresa en un periódico y un acontecimiento relevante, los descubridores de hoy en día han comprendido que no pueden ser simplemente descubridores, sino que también deben ejercer de publicistas y periodistas. En este sentido, hay que reconocer que, si bien Peary no desmereció, Cook le llevó la delantera, aunque sólo fuese por una razón: «¿La hazaña de Peary podía esperar recibir los aplausos que habían acogido el anuncio de Cook? ¿Podía un simple descubridor del Polo plantar cara al hombre que había descubierto hasta qué punto el mundo necesitaba a un descubridor del Polo? Los honores que todavía podían concederle no eran más que tenues farolillos comparados con las llamas de entusiasmo con las que se había recibido una noticia llegada en el momento oportuno. Así es como el mundo devuelve el mérito de haber llegado al Polo Norte a la dimensión que merece». ⁶ De Peary, el verdadero descu-

6. *Ibid.*, p. 141.

bridor, se puede decir que fue víctima de que «hay épocas en las que el simple hecho de proclamar que se ha llegado al Polo Norte constituye tal hazaña que haberlo alcanzado realmente se convierte en un castigo». ⁷ Lo importante no es que se haya hecho, sino que se haya dicho y además esté impreso.

En la disputa entre los dos exploradores para imponerse, y que dio lugar a diversos intercambios de gentilezas, Cook tomó desde el principio cierta ventaja. «Cook –comenta Kraus– fue lo bastante deshonesto para lanzarle a Peary un “¡Felicidades!”, y este último lo suficientemente honesto para responderle “¡Gracias por nada!”. Cook actuó con lealtad al dar fe de todos los descubrimientos del Polo Norte posteriores al suyo. Ya hacía tiempo que se había encargado de apuntalar científicamente su expedición. No se limitó a asegurar que no era un mentiroso y a rogar que le creyeran, con lo cual se suponía que la gente creería automáticamente que había descubierto el Polo Norte. No se limitó a mostrar un gran talento de fabulador con el que convencería a los más incrédulos de que verdaderamente había alcanzado “la cima del mundo”. No, hizo mucho más: ¡Incitó a los escépticos a ir ellos mismos! Esa respuesta los pilló tan desprevenidos que le prestaron toda su atención. En el Polo Norte, les dijo, encontrarían una bandera americana en cuya base había introducido un cilindro que contenía un documento que daba fe de su expedición. Lo único que la gente se atrevió a preguntarle tímidamente fue si en el Polo Norte los bloques de hielo no tenían la costumbre de ir a la deriva. Por supuesto, tal como ya había explicado ampliamente, respondió Cook. Pero lo que en realidad estaba diciendo era que las actividades del hielo no eran de su incumbencia, en lo cual tenía toda la razón.» ⁸

Evidentemente, se invitó a las familias de los dos exploradores a que aportaran su contribución al debate y corroboraran la hazaña que cada uno de ellos pretendía haber sido el primero en

7. *Ibid.*, p. 139.

8. *Ibid.*, p. 143.

realizar. Con ocasión de un discurso que, desde su balcón, dirigió a los huéspedes de un balneario cercano, la señora Peary anunció que de «ahora en adelante, se reservaría a su marido para ella sola»; con ello, según Kraus, zanjaba, si no la cuestión que ya había empezado a debatirse acerca del derecho de propiedad sobre el Polo Norte, al menos sí la del derecho de propiedad sobre el descubridor del Polo Norte.⁹ Sin embargo, esta emotiva confesión halló una respuesta considerablemente más áspera en un contraalmirante que afirmaba que Peary era «el mayor mentiroso que jamás ha dado América». De ahí la pregunta que se planteaba Kraus: «¿También iban a pelearse para ver quién se llevaba la palma? ¿Para ver quién había sido el primero en no haber descubierto el Polo Norte?».¹⁰

En cuanto a la ciencia, a la que supuestamente correspondía arrojar luz de forma imparcial, ¿qué podía hacer y qué iba a hacer exactamente en este asunto? Cuando Cook hizo el relato de su expedición, la gente se dividió, explica Kraus, en dos frentes: el de los idealistas y el de los escépticos. Los idealistas –que no veían, o fingían no ver, hasta qué punto se mezclaban los bajos intereses materiales en una conquista que uno de ellos no dudó en calificar de «logro moral de la humanidad»–¹¹ eran, fundamentalmente, «aquellos cuyo trabajo consiste en escribir editoriales y velar por que el suscriptor orejudo, ese asno, fiel lector de nuestros periódicos, se sienta investido de la dignidad de sus contemporáneos».¹² Los escépticos, obligados a asumir el papel más desagradable, eran los hombres de ciencia. Y lo menos que puede decirse es que no les resultó fácil: «Se encontraron con que, entre las mayores dificultades con las que se enfrenta el hombre, estaba, junto con la dificultad de alcanzar el Polo Norte, la que consistía en demos-

9. *Ibíd.*, p. 145.

10. *Ibíd.*, p. 145.

11. *Ibíd.*, p. 138.

12. *Ibíd.*, p. 137.

trar lo contrario. Ya que la empresa que necesita de más crédito y lo obtiene fácilmente es la del explorador del Polo; no hay otro campo en el que la ciencia se vea obligada hasta ese punto a tener en cuenta las corrientes de opinión y los vientos favorables». ¹³

¿Cuál era el margen de maniobra de la ciencia cuando la opinión pública quería a cualquier precio un descubridor del Polo Norte y la prensa supuestamente competente recurría a toda su autoridad y poder para convencer a sus lectores de que efectivamente éste existía? Pero, sobre todo, ¿en qué medida la ciencia tenía la voluntad de utilizar de forma real e independiente el poder y la influencia que también ella podía ejercer sobre las mentes, aunque por supuesto en menor medida? Kraus no disimulaba en absoluto la limitada y relativa confianza que le inspiraban, en una situación como ésta, la actitud y las reacciones de la ciencia. De todos modos, desde el inicio, ésta iba un paso por detrás de los periódicos, que habían creado el acontecimiento y le habían dictado sus obligaciones y la conducta que debía seguir. Demostrar «científicamente» que Cook había hecho realmente lo que pretendía haber hecho era ciertamente difícil, pero no lo era menos demostrar que no lo había hecho. Es más, como observa Kraus, demostrar que lo que pretendía haber hecho era imposible no habría bastado para convencer a una opinión pública firmemente decidida a creer en ello. Ya que no soportaba la idea de que pudieran quedar algunos cientos de metros cuadrados en la tierra que el ser humano todavía no hubiera pisado, deseaba con todas sus fuerzas creer en la conquista del Polo Norte. Evidentemente, la gente también quería *saber*, y para ello era necesaria la ciencia; pero se trataba de un deseo mucho menos apremiante.

En 2005, el explorador británico Tom Avery emprendió y culminó, con cuatro compañeros, un viaje al Polo Norte dedicado a la memoria de Peary, para el que utilizaron medios idénticos a los

13. *Ibíd.*, p. 139.

de su predecesor, lo cual parece demostrar que lo que el supuesto descubridor del Polo Norte afirmaba haber hecho era como mínimo posible. Pero demostrar que era posible no es lo mismo que demostrar que realmente se hizo; del mismo modo que demostrar que era imposible no es exactamente lo mismo que demostrar que no se hizo. Por supuesto, en teoría, la ciencia habría podido declinar pronunciarse, o incluso aducir que saber si realmente se había descubierto el Polo Norte no era, en definitiva, demasiado importante, y que saber si había sido Cook o Peary quien lo había conseguido lo era todavía menos. Pero eso precisamente era imposible, porque, como afirma Kraus, «el descubrimiento del Polo Norte es uno de esos hechos que no pueden eludirse»¹⁴ y sobre los cuales, por consiguiente, la ciencia también estaba obligada a tener una opinión, aunque posiblemente ello la obligara a salirse de su papel y dejarse arrastrar en un asunto en el que la emoción, por una parte, y los intereses económicos y financieros, por la otra, tenían claramente más posibilidades de hacer oír su voz y sacar provecho de las que tenía la preocupación por la verdad objetiva.

De todos modos, hay que señalar que, en casos como éste, la comunidad científica no suele hacerse de rogar cuando se trata de aportar al debate la contribución que de ella se espera; ello explicaría la ironía con la que Kraus se expresaba para referirse al comportamiento de sus representantes: «La gente empieza a estar francamente desorientada y espera que la ciencia emita su veredicto. Ya que ésta lee escrupulosamente lo que publican los periódicos y descubre todas las contradicciones para apropiárselas. Cuando se le pone ante las narices una noticia inventada o falseada, inmediatamente redacta un informe; se siente responsable ante el reportero y sabe perfectamente que no es necesario ir hasta el Polo Norte para recibir todos los honores, sino simplemente hasta la inhóspita sala de redacción que está de guardia esa noche. El mundo

14. *Ibid.*, p. 136.

debe a un feliz azar que la ciencia no respaldara inmediatamente el anuncio de Cook de que había llegado a “una región habitada por numerosos pueblos salvajes”. La noticia apareció en una de esas publicaciones que los científicos no suelen leer, mientras que la que se erige en portavoz de la ciencia divulgaba la versión exacta de la noticia: Cook había descubierto unos parajes donde “abundaba la caza”. Y así debía de ser, porque Julio Verne ya lo había afirmado anteriormente. Sin embargo, en una cuestión tan delicada como la del Polo Norte y teniendo en cuenta que, con toda certeza, nadie lo había descubierto antes que los señores Peary y Cook, la ciencia únicamente se arriesga a darle crédito o a retirárselo. Serenamente, considera que no tiene por qué patinar sobre los bancos de hielo con dos guías esquimales y portando una bandera». ¹⁵

Como he dicho anteriormente, Kraus veía el progreso, en su forma moderna, como una lucha contra la naturaleza en la cual era posible que tan sólo consiguiera unas victorias pírricas. Aunque, en definitiva, había algo que resultaba tranquilizador para ésta: «La naturaleza puede confiar en el progreso: él la vengará de las afrentas a las que la ha sometido». ¹⁶ Sin embargo, el afán humano por conquistar y anexionar puede, por supuesto, adoptar las formas más diversas y hallar siempre otras nuevas: «La prensa, esas paperas del mundo, se hincha con su sed de conquista, estalla por la presión de las victorias que consigue cada día. Basta una semana para ilustrar la progresión más intrépida de la pulsión expansionista del hombre: desde la anexión de la Baja Austria a Checoslovaquia hasta la conquista del Polo Norte pasando por la conquista del aire. No se excluye ninguna combinación, y, si Cook no hubiera intervenido, quizá un zepelín habría conquistado el Polo por las recién conquistadas vías aéreas». ¹⁷ Por un sorprendente azar, en el año 1909, Kraus tuvo ocasión de repetir la

15. *Ibíd.*, pp. 145-146.

16. *Ibíd.*, p. 151.

17. *Ibíd.*, p. 149.

mayor parte de las observaciones que había hecho en «El descubrimiento del Polo Norte», en este caso sobre una cuestión que, en definitiva, no era tan distinta como podía parecer a primera vista, ya que se trataba de otro tipo de conquista y expansión.

2. El «caso Friedjung» o cómo la política, la prensa y la ciencia pueden desprestigiarse simultáneamente

El «caso Friedjung» –que, teniendo en cuenta cómo era, según Kraus, la Austria de esa época, podría haber pasado totalmente inadvertido, pero que él se encargó de hacer famoso– adquiere su verdadera relevancia cuando se sabe que estalló cinco años antes de que se declarase una guerra espantosa que, esta vez, no iba dirigida contra la naturaleza, sino contra otros hombres. El caso puede resumirse de la siguiente manera: en 1908, Austria se había anexionado Bosnia-Herzegovina y, con el apoyo de Alemania, esperaba obligar a Serbia y a Rusia a que reconocieran el hecho consumado. Sin embargo, en vista de que esta demostración de fuerza había provocado una crisis grave en los Balcanes y una actitud amenazadora de Serbia el gobierno austrohúngaro se propuso neutralizar esta reacción con una guerra preventiva. El objetivo era hacer comprender a los eslavos del sur que sus aspiraciones y reivindicaciones políticas debían circunscribirse a aquello que aceptara la Doble Monarquía. Pero para que ésta pudiera lanzarse a conquistar Serbia debían darse dos condiciones: que la guerra fuese muy localizada y que se encontrara, o en su defecto se inventara, una justificación moral para declarar la guerra.

Para resolver este segundo problema, el conde Aehrenthal, ministro de Asuntos Exteriores austríaco, no encontró ningún modo mejor que iniciar una campaña de prensa que podría calificarse de campaña de intoxicación contra Serbia. Para esta operación obtuvo, desgraciadamente para él y para el otro interesado, la colaboración de